

*“El buen Samaritano” por Claudio Di Girolamo, 2016 (Grafito sobre papel).*

\* Claudio Di Girolamo donó a la Pontificia Universidad Católica todos los bocetos de su obra religiosa. Hemos seleccionado algunos de los publicados en el libro “CDG70. Claudio Di Girolamo, setenta años de arte religioso” (Ediciones UC, Santiago, 2021) para acompañar las miradas sobre el momento católico actual.

# MIRADAS AL MOMENTO CATÓLICO ACTUAL

*En este número 100, en línea con el momento de escucha que vive la Iglesia, Humanitas ha realizado una ronda amplia de artículos con participantes de sensibilidades diversas, de dentro y fuera del país, con la pregunta ¿cómo percibe usted el momento católico actual? Las respuestas nos entregan una mirada global de la Iglesia y su entorno y de los nuevos desafíos que se enfrentan, y permite poner sobre la mesa diversos temas, tal como se señala en el editorial que precede a estas páginas.*

*Quienes participaron en esta sección fueron: Jaime Antúnez, miembro de número de la Academia de Ciencias Sociales, Políticas y Morales del Instituto de Chile; Josefina Araos, investigadora del Instituto de Estudios de la Sociedad (IES); Paola Binetti, senadora de la República Italiana; Jorge Costadoat, sacerdote jesuita; Emilce Cuda, secretaria de la Comisión Pontificia para América Latina; Joaquín García Huidobro, académico de la Universidad de los Andes; Pedro Morandé, profesor emérito de la Pontificia Universidad Católica de Chile y miembro de la Pontificia Academia de las Ciencias Sociales; María Ester Roblero, del Consejo Editorial de revista Mensaje; Inés San Martín, coeditora y responsable en Roma del periódico Crux, y Eugenio Yáñez, académico de la Universidad San Sebastián.*

# SUPERAR LA “CONTRAESPERANZA” DEL MUNDO

POR JAIME ANTÚNEZ ALDUNATE\*

Percebo *el momento católico actual* plétórico de esperanza y con recóndita alegría. Recóndita, pues en la superficie prevalecen, a los ojos del mundo, los vestigios de una tormenta devastadora, observada y comentada desde una mirada no solo ajena, sino frecuentemente enemiga de la fe. Basta

*En la superficie prevalecen, a los ojos del mundo, los vestigios de una tormenta devastadora, observada y comentada desde una mirada no solo ajena, sino frecuentemente enemiga de la fe.*

encender al azar un canal de TV o leer algún diario, esto en cualquier parte del orbe. Pero la realidad es otra y, sobre todo, ha sido siempre otra que aquella que ve el mundo (cf. Jn 21,1-14).

Cuando a veces, un día de semana, en la mañana muy temprano, pongo los pies en esa epifanía de la arquitectura contemporánea que es la iglesia benedictina del Monasterio de Las Condes –donde la luz se despliega en las paredes no de cualquier manera, sino según una visión cósmica de la fe– encuentro allí un numeroso pueblo fiel, seguramente consciente de que algo semejante sucede a esas mismas horas en diversas iglesias cercanas, donde también otros, parte de ese mismo pueblo, con recogimiento se arrodilla para dar gracias al anunciarse la parte central de la plegaria eucarística:

*...Padre, con razón te alaban todas tus criaturas, ya que por Jesucristo, tu Hijo, Señor nuestro, con la fuerza del Espíritu Santo, das vida y santificas todo, y congregas a tu pueblo sin cesar, para que ofrezca en tu honor un sacrificio sin mancha desde donde sale el sol hasta el ocaso...*

Y así sucede, efectivamente, que *desde donde sale el sol hasta el ocaso*, sin cesar, hallamos un pueblo fiel congregado por la Trinidad divina para *ofrecer un sacrificio sin mancha*, la Eucaristía, que es esencialmente por lo que existe

\* Jaime Antúnez es Miembro de Número de la Academia de Ciencias Sociales, Políticas y Morales del Instituto de Chile. Doctor en Filosofía y Letras. Fundador en 1995 y director hasta 2018 de Humanitas.



“Anunciación” por Claudio Di Girolamo, 1988 (Tinta sobre papel).



*“Natividad” por Claudio Di Girolamo, 2005  
(Estudio para cerámica. Grafito sobre papel).*

y vive la Iglesia: *ecclesia de Eucharistia*, como dijo san Juan Pablo II, dando nombre a su decimocuarta encíclica (2003).<sup>1</sup>

Algo similar, también en días hábiles, experimento cuando me movilizó a cuadras más lejos, por ejemplo, a la Inmaculada de Vitacura, llena a mediodía, con una audiencia que permanece a veces largamente en adoración al Santísimo Sacramento terminada la Eucaristía.

Sí, sí... musitan algunos, pero el mundo desarrollado, esa Europa, por ejemplo, que nos trajo la fe, va marcando la pauta y allá las iglesias están vacías; tampoco faltan obispos, como algunos en Alemania, que impugnan pública y frontalmente el Catecismo de la Iglesia Católica promulgado por san Juan Pablo II (editado por Ratzinger - Benedicto XVI).

Circunstancias familiares me traen a Francia y concuro a la misa vespertina el 5° lunes de Cuaresma en la hermosa y antigua iglesia de St. Germain des Prés, en la *rive gauche* de París. Terminada la celebración, el sacerdote trae la custodia para hacer adoración al Santísimo, a la que decido permanecer. Dura una hora, concluye con los ritos de la bendición, se enciende entonces toda la iglesia y la asamblea comienza el canto de las Vísperas. Debo marchar... me doy vuelta, los bancos de la iglesia están llenos por un número calculable, a golpe de vista, en unos trescientos jóvenes.<sup>2</sup> Algo similar observo con mis mismos ojos el pasado Miércoles Santo en la catedral de Santiago de Compostela: la misa de mediodía y la de la tarde desborda de un público mayoritariamente joven, que como no se apure uno, se queda sin entrar.

Con ese relato simple y muy personal quiero poner en foco esto que simplemente enuncié, muy real, sobre la esperanza y aquella recóndita alegría, *intimo meo* como la llamaría san Agustín, casi completamente extraña al mundo en el sentido evangélico de la expresión (cf. *Jn* 15,19).

Es verdad que, a las puertas del siglo XX, el gran Pontífice de la *cuestión social* originada en la Revolución industrial, el autor de la encíclica que gravitaría por más de un siglo, la *Rerum novarum* (1891), León XIII, recordaba en *Inmortale Dei* (1885) que habiendo habido “un tiempo en que la filosofía del Evangelio gobernaba los Estados”, era un deber prestar atención, en

1 Lo expresa Ratzinger de modo contundente en *El nuevo pueblo de Dios* (Herder, 1972, pp. 92-93): “Puede decirse que Jesús creó una ‘Iglesia’, es decir, una nueva comunidad visible de salvación. Jesús la entiende como un nuevo Israel, como un nuevo pueblo de Dios que tiene su centro en la celebración de la cena, de la que ha nacido y en la que encuentra su centro permanente. Dicho de otra manera: el nuevo pueblo de Dios es pueblo que nace del cuerpo de Cristo”.

2 El diario “Le Monde” informa que 4.278 adultos recibieron el sacramento del bautismo en las vigiliadas de esta noche de Pascua (2022) celebradas en las iglesias de toda Francia. Puede repetirse sin temor, a pesar de todo lo acontecido, lo mismo que dijo Benedicto XVI en la misa inaugural de su pontificado (2005): “La Chiesa è viva la Chiesa è giovane”.

medio de crecientes turbulencias, a la constitución cristiana del Estado. La guerra franco-prusiana de 1871, antecesora de las dos grandes guerras mundiales que asuelan Europa en la primera mitad del siglo veinte –y que echan al suelo dramática y definitivamente esa “constitución cristiana del Estado” (comienzo del fin de lo que históricamente se llamó *la Cristiandad*)– confirma el fuerte alcance profético de la voz de aquel Papa. Este –como explica Rocco Buttiglione en su reciente libro,<sup>3</sup> siguiendo a Del Noce–, en concordancia con su antecesor, el beato Papa Pío IX en la encíclica *Quanta Cura* (1864) –a lo que debe agregarse al propio antecesor de este, Gregorio XVI, con *Mirari vos* (1832)–, luchó con visionario sentido de futuro

*No es la Iglesia sino el mundo el que cambia. La Iglesia se reforma para permanecer la misma, siguiendo definitivamente, a pesar de los pecados que cargan sus hijos, y en circunstancias distintas, los pasos de su mismo Señor.*

contra las consecuencias de una modernidad marcada por el *idealismo* y el *positivismo*, cuyas consecuencias, como mencionamos, se harían cruelmente sentir. La “modernidad del mundo”, llamémosla en concordancia con san Juan (15,19).

Convengamos aquí, entre tanto, que no es la Iglesia sino el mundo el que cambia. La Iglesia se reforma para permanecer la misma, siguiendo definitivamente, a pesar de los pecados que cargan sus hijos, y en circunstancias distintas, los pasos de su mismo Señor.<sup>4</sup> Así por ejemplo, la Iglesia que en el siglo XIX seguía los pasos de Gregorio XVI, del beato Pío IX y de León XIII para salvar la modernidad, ya en la posguerra y entrada la segunda mitad del siglo XX, frente a un mundo que anuncia la crisis de aquella y de la cultura ilustrada, el advenimiento de la posmodernidad con el derrumbe de las ideologías y la instalación de un paradigma tecno-científico, inspira a san Juan XXIII la convocatoria de la mayor asamblea que tenga lugar en ese siglo, el Concilio Ecuménico Vaticano II. La filosofía de este Concilio es el redescubrimiento del camino hacia la otra modernidad, la *modernidad católica*.<sup>5</sup>

En 1970, cuando aún estaban lejos de cesar las turbulencias del posconcilio que tanto sufrimiento trajeron a san Pablo VI, cuando este había sido ya crucificado por el mundo, incluido gran parte del *establishment* clerical, a causa de su encíclica *Humanae vitae* (1968) –momento que Benedicto XVI, ya como Papa emérito, ha identificado con el mismo origen de la grave situación desencadenada por los abusos sexuales de parte de sacerdotes–,

3 Buttiglione, Rocco; *Caminos para una Teología del Pueblo y de la Cultura*. Ediciones Universitarias de Valparaíso, 2022.

4 Newman, John Henry; *An essay on the Development of Christian Doctrine*, 1845.

5 Cf. Buttiglione, Rocco; *Caminos para una Teología del Pueblo y de la Cultura*. Ediciones Universitarias de Valparaíso, 2022.

un joven profesor en la Universidad de Tubinga, Alemania, el Dr. Joseph Ratzinger, presbítero, describía en un programa radial lo que, a partir de aquella crisis veía venir en la Iglesia, de cuya verificación actual el lector puede juzgar:

El futuro de la Iglesia puede venir y vendrá también hoy solo de la fuerza de quienes tienen raíces profundas y viven de la plenitud pura de su fe. El futuro no vendrá de quienes solo dan recetas. No vendrá de quienes solo se adaptan al instante actual. No vendrá de quienes solo critican a los demás y se toman a sí mismos como medida infalible. Tampoco vendrá de quienes eligen solo el camino más cómodo, de quienes evitan la pasión de la fe y declaran falso y superado, tiranía y legalismo, todo lo que es exigente para el ser humano, lo que le causa dolor y le obliga a renunciar a sí mismo. Digámoslo de forma positiva: el futuro de la Iglesia, también en esta ocasión, como siempre, quedará marcado de nuevo con el sello de los santos. Y, por tanto, por seres humanos que perciben más que las frases que son precisamente modernas.<sup>6</sup>

El inesperado despojo en tan pocos años del *clericalismo* –lacra mundana azotada pública y escandalosamente por más de una década de crisis, en particular en los países del mundo occidental donde se abusó de las prebendas que traía consigo el régimen de Cristiandad– podemos perfectamente entenderlo, a los ojos de la fe (y repitémoslo una vez más, que no son los ojos del *mundo*), como una intervención de la Providencia que reclamaba el Espíritu para insuflar renovadas fuerzas a la construcción del Reino.◆

*Pazo de Sestelo (Galicia - España), Pascua de Resurrección 2022*

6 Estas lecciones fueron reunidas en 1970 por la editorial Kösel-Verlag de München en un libro de cinco capítulos titulado "Glaube und Zukunft", traducido al año siguiente al español como "Fe y futuro". En *Humanitas* nº59 fue reproducido el quinto capítulo "¿Bajo qué aspecto se presentará la Iglesia en el año 2000?".

El domingo 3 de abril pasado, en el encuentro con sus hermanos jesuitas durante la visita a la isla de Malta, el Papa Francisco ha dicho, refiriéndose a este pensamiento formulado por Ratzinger aquí muy explícitamente y reiterado en su magisterio como obispo y pontífice: "El Papa Benedicto fue un profeta de esta Iglesia del futuro...".



# TIEMPO DE SILENCIO

POR JOSEFINA ARAOS\*

**P**ercibo el momento católico actual como uno de silencio, pero no necesariamente de ausencia. Lo más evidente, y que siempre subraya la opinión pública, es la progresiva desaparición de la voz de la Iglesia, o más bien, de la jerarquía eclesiástica, de los espacios de los más importantes medios de comunicación que alguna vez ocupó; espacios que le garantizaron por largo tiempo una permanente e influyente presencia. Su desaparición es resultado, en gran medida, de la profunda crisis que siguió al conocimiento de los brutales y sistemáticos casos de abusos por parte de miembros del clero, y que fueron amparados activa o pasivamente por la propia institución. Eso fue probablemente lo más destructivo de todo esto. No solo la ocurrencia de ese mal, sino su perpetuación, porque aquellos que debían contenerlo

*El estado de la Iglesia hoy en Chile es, en ese sentido, el de una penitencia y discernimiento respecto de cómo debe ser el papel público ocupado por ella, después de todo lo que ha pasado. Lo único claro, creo, es que no puede ser el mismo de ayer.*

o castigarlo decidieron en muchos casos no mirar. El estado de la Iglesia hoy en Chile es, en ese sentido, el de una penitencia y discernimiento respecto de cómo debe ser el papel público ocupado por ella, después de todo lo que ha pasado. Lo único claro, creo, es que no puede ser el mismo de ayer. Porque la reflexión crítica respecto de los abusos y el clericalismo que los sostenía no debiera ser tan fácilmente separada de ese rol mediático, quizás demasiado mediático, que por momentos reducía la misión de la Iglesia a un mero asunto de poder. Y ahí, sabemos, no queremos –no debiéramos querer– volver.

La Iglesia está entonces en un tiempo de silencio. Para muchos puede ser inquietante (y para otros deseable). Pero si es parte de un proceso comprensivo, debiéramos verlo como un silencio esperanzador. Porque han ocurrido tantas cosas. No solo los abusos, sino el estallido social en Chile, la crisis de las democracias liberales en todo Occidente, la angustiante e incontenible crisis climática, la pandemia, ahora la guerra, todas señales de tiempos convulsos y desafiantes que antes de la acción,

\* Josefina Araos es licenciada y magíster en Historia por la Pontificia Universidad Católica de Chile e investigadora del Instituto de Estudios de la Sociedad (IES).



*“Sagrada Familia” por Claudio Di Girolamo, 1965  
(Grafito sobre papel).*

requieren de un juicio que esté dispuesto a detenerse, aunque sea un momento, a pensar, a interpretar. Y eso exige silencio, introspección; no indiferencia ni distancia, sino una observación atenta, una observación comprometida, para recuperar la expresión del escéptico pero agudo Raymond Aron. Un silencio que permita mirar con ese don de lágrimas que pedía el rey san Luis a Dios, con el que podamos conmovernos con lo real y movilizarnos en consecuencia para cuidarlo; para reconocer allí la presencia sobreabundante de la gracia.

Ahora bien, hay que evitar sobredimensionar el silencio, o más bien, asumir que el que corresponde a la crisis institucional de la Iglesia y su desaparición mediática implica una crisis total, una decadencia, un deterioro de

la fe, un desvanecimiento progresivo y definitivo de la presencia efectiva y cotidiana de la Iglesia. Evitar en el fondo interpretar el silencio como un retiro irreversible. Hay que evitarlo porque todo indica que las personas siguen creyendo; que las impacta y enfurece el abuso, y exigen medidas preventivas y reparatorias, pero no pierden su fe. A su vez, la propia Iglesia, comprometida siempre con su labor pastoral, sigue acompañando a quienes están en los márgenes, sirviendo, cuidando. Nunca dejó de hacerlo. Las estructuras de poder derrumbadas no se identifican con la realidad comunitaria de la Iglesia, que sigue viva, pues la inspira no una institución humana, sino la realización efectiva, el cumplimiento de la promesa de Dios de entrar en el mundo a salvarnos. Acontecimiento que sume al católico en un estado permanente de búsqueda en la que se nos va la vida; un camino que no es, sin embargo, una apuesta ciega que puede terminar en la nada, pues ya fuimos alcanzados por Él (*Filipenses 3, 14*). La Iglesia, entonces, sigue ahí, realizando confiada y humilde su misión, resistiendo las arremetidas internas y externas, refutando los discursos que aseguran su desaparición y ruina ante la efectiva caída de su jerarquía. No es que ella dé lo mismo. Esa caída es grave y profunda, pero tomará tiempo repararla. Lo relevante es constatar que ella no equivale a todo el Pueblo de Dios, que es el que primariamente constituye la Iglesia. Y es esa certeza la que permite sostener la esperanza en su reconstrucción institucional. Pues su tarea y los fundamentos de toda su estructura están más allá de ella, en bases imperecederas.

Por eso, el Papa Francisco ha subrayado con tanta insistencia la idea del Pueblo de Dios, en el marco de su dura crítica al clericalismo y la corrupción institucional de la Iglesia a nivel mundial. De alguna manera, su apuesta es instalar una comprensión de la realidad eclesial primeramente no como una estructura formal de poder donde priman las cabezas institucionales, sino las personas que cotidianamente constituyen la comunidad de la Iglesia y al servicio de las cuales está la jerarquía y todo el ordenamiento que a ella las acompaña. No se trata de echar abajo la institución, sino de reconstruirla poniéndola en su lugar, que no es otro que el de la imagen fundadora del lavado de pies de Cristo a sus discípulos en la Última Cena. Si el hijo de Dios se arrodilla para limpiar a otro, en el gesto de mayor servidumbre, ¿qué otra cosa debiera hacer la institución que surge a partir de Él sino reclinarsse ante el mundo para servirlo y ofrecer aquello que ha recibido? Poner la Iglesia al servicio del Pueblo de Dios, protagonista de su propio destino y en función del cual se construye y despliega la propia institución.

El momento presente del mundo católico es entonces, pienso, el de un silencio comprensivo, un silencio orientado a reparar, reconstruir y continuar la misión cotidiana y humilde de servicio al prójimo. Un silencio que es también escucha. Y no hay camino para reivindicar la legitimidad y valor de la presencia pública de la Iglesia, de su aporte a la definición del bien común y a la convivencia, que el de ese silencio. Porque no se trata de que la Iglesia se calle definitivamente, como muchos tal vez esperan. Ella sigue teniendo algo que anunciar y es de hecho ese anuncio el que funda su misión. El católico no puede moverse en el mundo sin dar testimonio de aquello que ha recibido. Pero esa presencia pública que permita defender su relevancia y exigir su reconocimiento en el espacio deliberativo no será apostar a recuperar una supuesta influencia perdida y añorada. No puede la Iglesia apropiarse nuevamente de esa presencia mediática que por momentos se pretendía superior, pues la fe que la sostenía se confundía a ratos con la idea de estar menos expuesta que otras instituciones a las miserias de los hombres. La caída fue por lo mismo abrupta y dolorosa. Que su silencio se haga eficaz y pueda eventualmente transformarse en voz efectiva depende de que retorne humilde, no reclamando jerarquía alguna, sino la convicción de ser heredera de una memoria que salva. Y cuya promesa es un mensaje (y un acontecimiento) para todos.◆

*Que su silencio se haga eficaz y pueda eventualmente transformarse en voz efectiva depende de que retorne humilde, no reclamando jerarquía alguna, sino la convicción de ser heredera de una memoria que salva. Y cuya promesa es un mensaje (y un acontecimiento) para todos.*



*“Bautismo de Jesús” por Claudio Di Girolamo, 1975  
(Ilustración para portada. Grafito sobre papel).*

# LA DEMOCRACIA SE HACE FRÁGIL SI NO PONE COMO FUNDAMENTO LA CENTRALIDAD DE LA PERSONA

POR PAOLA BINETTI\*

El empeño de los católicos se hace más evidente y cargado de responsabilidad cuando la sociedad se enfrenta con problemas que no admiten derogaciones, excepciones o compromiso alguno, como los principios morales. Ante estas exigencias éticas fundamentales e irrenunciables, los creyentes saben que está en juego la esencia del orden moral, que concierne al bien integral de la persona. Hoy en día esta conciencia parece fallar en muchos católicos, involucrados en un relativismo secularizado que ha quitado fuerza y claridad a los principios morales fundamentales: hay que volver a las raíces de la ley natural y del mensaje cristiano.

*Hoy en día esta conciencia parece fallar en muchos católicos, involucrados en un relativismo secularizado que ha quitado fuerza y claridad a los principios morales fundamentales: hay que volver a las raíces de la ley natural y del mensaje cristiano.*

El momento en que estamos viviendo actualmente está caracterizado por dos hechos diversamente dramáticos: la pandemia, causada por el Covid-19, con millones de personas que han fallecido en el mundo entero, y la guerra ruso-ucraniana, en que también han muerto miles de personas. Es una guerra que nos toca a todos, por las indudables consecuencias que tiene en el plano social, económico y geopolítico. Probablemente es muy fácil decir cuál es la responsabilidad del católico en este momento, pero muy difícil de poner en práctica. En el primer caso, nuestra principal responsabilidad es cuidar de los enfermos, intentar contener la difusión del virus, investigar científicamente: estudiar para solucionar problemas. Una verdadera obra de misericordia. En el segundo caso, frente a la guerra, el Papa Francisco nos lo recuerda todos los días: nuestra principal responsabilidad es volver a la paz. Una paz que no deja espacio ni a la violencia ni a la injusticia, y que lucha para difundir la Doctrina Social de la Iglesia con plena y digna aplicación. Y en esto se juegan las Bienaventuranzas de las que habla el Evangelio.

\* Paola Binetti es senadora de la República Italiana, neuropsiquiatra infantil, psicoterapeuta, presidenta de la Sociedad Italiana Médica, y profesora de la Academia de Líderes Católicos.

Así es que, simplificando, podríamos decir que, entre las obras de misericordia y las Bienaventuranzas, el católico tiene un camino muy claro al que puede recurrir con la serenidad de quien sabe que está haciendo el bien. Lo cual es posible, pero incierto... Los católicos, los laicos de la primera línea, deben participar en la vida pública como ciudadanos responsables, por el bien de todos. La solución a tantos problemas, a menudo muy difíciles, tan difíciles que nos superan, no es huir de ellos, sino participar en la búsqueda de la solución con todos los demás, sin nunca renunciar a nuestros principios cristianos. Somos sal y luz del mundo y esto se debe aplicar primero a nuestra vida, y si esta es auténtica, se manifiesta también en la vida pública, también en la política. La sal preserva de la corrupción, la luz permite que se vea la verdad. Para esto es necesario formarse. Hay una jerarquía de valores y el valor principal es el respeto a la vida humana a la luz de la ley natural, accesible a la razón cuando se busca la verdad con sincero corazón.

Desde siempre la Iglesia nos ha recordado que los políticos católicos tenemos el deber moral de mantenernos fieles a la doctrina del Evangelio, conservando un compromiso claro con la fe católica y no apoyando leyes contrarias a los principios morales y éticos como son las que atentan contra el derecho a la vida o en contra de las instituciones de la familia y el matrimonio. ¡Solo la adhesión a convicciones éticas profundas y una actuación coherente pueden garantizar una acción pública honesta y

desinteresada, de los legisladores y gobernantes! Lo cierto es que, en esta época de fuerte secularización, es muy fácil para los católicos dejarse llevar por un difundido emotivismo, que deja atrás principios y valores de nuestra antigua y consolidada tradición, para convertirse a una moral de situación en la que hay que proteger al que sufre, aun cuando ya no quiera vivir. Es el caso de una ley sobre eutanasia.

Cuando el hombre contemporáneo pierde su orientación cristiana, es como si flotara entre el escepticismo relativista de la razón, una voluntad autorreferencial, que no tolera imposiciones de ningún tipo y se hace ley a sí misma, y un emotivismo

en que el temor a sufrir se alterna con la búsqueda de un placer a corto plazo. Hay que aprender a ordenar las prioridades. Un católico no puede eludir su responsabilidad civil, ya que eso sería cederle el paso al mal. El hecho de que haya mucha corrupción no exonera al cristiano de su responsabilidad. Más bien, le debe desafiar a trabajar más y mejor.

*Desde siempre la Iglesia nos ha recordado que los políticos católicos tenemos el deber moral de mantenernos fieles a la doctrina del Evangelio, conservando un compromiso claro con la fe católica y no apoyando leyes contrarias a los principios morales y éticos.*

Como católicos estamos comprometidos a ejercer nuestra libertad para hacer el bien y nunca para violar los derechos ajenos, especialmente aquellos de los más débiles e indefensos.

Los católicos que hacemos más directamente política somos conscientes de que la vía de la democracia, aunque sin duda expresa mejor la participación directa de los ciudadanos en las opciones políticas, solo se hace posible en la medida en que se funda sobre una recta concepción de la *persona*. Lo recordaba una nota de hace veinte años del Dicasterio para la Doctrina de la Fe, entonces dirigido por el cardenal Ratzinger, que hoy también merecería mayor difusión. La estructura democrática se hace muy frágil si no pone como fundamento propio la centralidad de la persona. Este es el caso de las leyes civiles en materia de *aborto* y *eutanasia* (que no hay que confundir con la renuncia al *ensañamiento terapéutico*, que es moralmente legítima), que deben tutelar el derecho primario a la vida desde su concepción hasta su término natural. Así también, la libertad de los padres en la *educación* de sus hijos es un derecho inalienable, reconocido además en las declaraciones internacionales de los Derechos Humanos. No puede quedar fuera de este elenco el derecho a la *libertad religiosa* y el desarrollo de una *economía* que esté al servicio de la persona y del bien común, en el respeto de la justicia social, del principio de solidaridad humana y de subsidiariedad. Finalmente, está también el tema de la *paz*. La paz es siempre “obra de la justicia y efecto de la caridad”, exige el rechazo radical y absoluto de la violencia y el terrorismo, y requiere un compromiso constante y vigilante por parte de los que tienen la responsabilidad política.◆



# AGOTAMIENTO DE LA VERSIÓN SACERDOTAL DE LA IGLESIA CATÓLICA

POR JORGE COSTADOAT S.J.\*

En quince años, la pertenencia a su Iglesia de los católicos en Chile ha caído en alrededor de un 30%. Este colapso tiene que ver con muchos factores. Uno de ellos es la distancia entre el sacerdote (*sacer*, en latín, sacro, separado de lo profano) y el resto del Pueblo de Dios. Cuánto han incidido en esta crisis los abusos que lamentamos esta última década, suponemos que mucho. Pero, aparte de estos, el distanciamiento tiene causas más profundas.

Un factor decisivo en este distanciamiento es la estructuración sacerdotal de la Iglesia. Se dice que el problema es el clericalismo. Pero este es un déficit moral. Hay presbíteros clericales y otros que no lo son. El asunto

*El asunto de fondo es que la participación y la comprensión de los fenómenos que nutren la enseñanza y la toma de decisiones en la Iglesia es prerrogativa prácticamente exclusiva de los sacerdotes. [...] La versión sacerdotal del catolicismo se ha vuelto muy problemática.*

de fondo es que la participación y la comprensión de los fenómenos que nutren la enseñanza y la toma de decisiones en la Iglesia es prerrogativa prácticamente exclusiva de los sacerdotes. La estructura que hace posible todo esto, a saber, el cristianismo sacerdotal, en sentido estricto no es un pecado. Pero genera clericalismo y un sinfín de otros problemas. Ha habido otras versiones de cristianismo a lo largo de la historia. Por ejemplo, el monaquismo. Hoy muchas de las familias protestantes y, sin ir muy lejos, los bailes religiosos del norte de Chile no se estructuran a partir de sacerdotes. La versión sacerdotal del catolicismo, por el contrario, se ha vuelto muy problemática.

Una reforma de este modo de organización del mando en la Iglesia parece muy difícil de imaginar en el futuro inmediato. El problema comienza en los seminarios que forman a los ministros. El Concilio de Trento quiso regular su formación. Creó seminarios en los cuales los jóvenes eran extraídos y

\* Jorge Costadoat es sacerdote jesuita, doctor en Teología por la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma e investigador del Centro Teológico Manuel Larrain.



*“Bodas de Caná por Claudio Di Girolamo, 2009  
(Boceto para cerámica. Grafito sobre papel).*

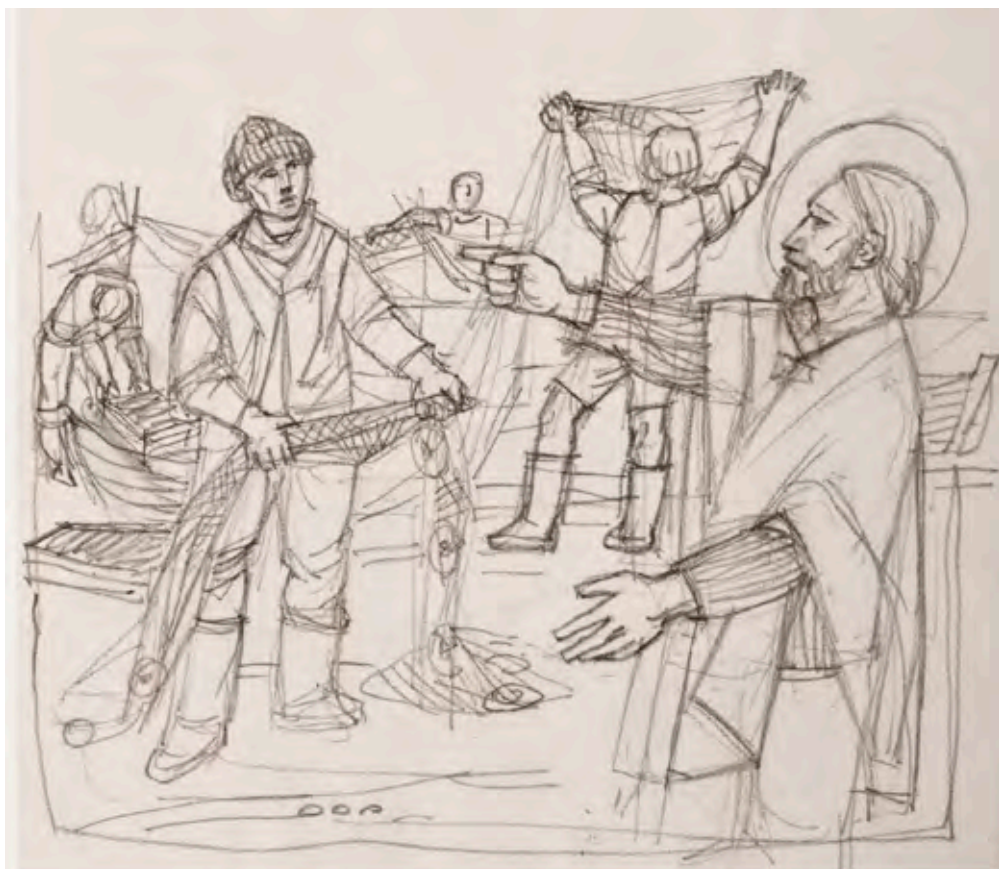
protegidos del mundo. Exigió de ellos un desarraigo (dejar a sus familias y cultura) y los devolvió al mundo como agentes de una institución dedicada a una misión sacralizadora (*sacer*, sacro, separado). Se los aculturó y, al menos desde el Vaticano I, se los romanizó. Entre cuatro paredes, en un régimen cerrado y autosuficiente (“institución total”), los formó como personas que debían llegar a ser consideradas perfectas (“estado de perfección”) y representantes de lo sagrado. La formación se organizó fundamentalmente en función de la celebración de la Santa Eucaristía. Ellos habrían de administrar la separación de lo sagrado y lo profano; los sacerdotes de un lado y el laicado del otro. Los seminarios actuales son en muchos aspectos distintos de los seminarios tridentinos, pero en lo fundamental aún hacen de la separación el factor articulador. La formación católica del laicado, por otra parte, es muy deficitaria. La catequesis no da para formar cristianos y cristianas que sepan parte de una comunidad y que puedan participar en ella como adultos. Salvo excepciones, la mayoría de los católicos y católicas no son parte de nada.

El caso es que precisamente esta separación lleva a la jerarquía católica, y a los presbíteros en particular, a oponer Iglesia y mundo como dos magnitudes, si no antagónicas, yuxtapuestas. Pero ¿acaso la Iglesia no forma parte del mundo? Sí lo es, en ambos sentidos de la palabra. Para la fe católica toda realidad es creada y, por tanto, buena. La Iglesia es tan creatura como cualquier otra institución. También se dice que una realidad humana es mundana en tanto falible y pecadora. Las piedras no pecan. Pero instituciones humanas, en cuanto obras de seres libres e imputables, pueden favorecer la comisión de pecados y, por tanto, son revisables y, para cumplir su función evangelizadora, deben reformarse de un modo parecido a como las personas han de convertirse. Si es necesario precisar el concepto, la Iglesia es aquella sección del mundo que ha creído en Jesucristo y lo transmite a lo largo de los siglos, dando testimonio de Él unas veces y un antitestimonio otras.

Pues bien, la distinción Iglesia-mundo, cuando distribuye el bien y la verdad del lado de la Iglesia, y el mal y la ignorancia del lado del mundo,

*La distinción Iglesia-mundo, cuando distribuye el bien y la verdad del lado de la Iglesia, y el mal y la ignorancia del lado del mundo, entorpece gravemente el anuncio del Evangelio a los contemporáneos.*

entorpece gravemente el anuncio del Evangelio a los contemporáneos. Una Iglesia que niega su propia realidad no anuncia el Evangelio. ¿Cómo pudiera serlo sin la mediación de todas las personas bautizadas, sin exclusión? ¿Cómo pueden ser buena noticia para el común de los cristianos y cristianas unas enseñanzas que no provienen ulteriormente de la experiencia de vida de ellos mismos? Los presbíteros en los seminarios son formados para educar, pero no para aprender de los demás cristianos.



*“Jesús y los pescadores” por Claudio Di Girolamo, 1980  
(Grafito sobre papel).*

En el posconcilio esta situación tiene como ícono *Humanae vitae*, que prohibió el recurso a medios artificiales de fecundidad y, además, demandó que todas las relaciones sexuales entre los esposos estuvieran abiertas a la procreación. Nadie puede decir hoy que esta encíclica haya sido recibida por el Pueblo de Dios. No la ha aceptado el laicado. Más bien, la ha rechazado ampliamente. El documento pontificio lamentablemente ha provocado la fuga de muchas mujeres de su Iglesia. Otras han permanecido en ella, pero a costa de enormes angustias. Las nuevas generaciones la desconocen. Este fracaso magisterial no se subsana entregando a los esposos la interpretación de la encíclica. Esta, además, constituye un candado doctrinal que impide a los agentes pastorales orientar a los jóvenes y a las personas homosexuales, y de otras formas de ser pareja.

Tampoco el Vaticano II, Concilio extraordinariamente renovador, hizo las innovaciones doctrinales suficientes para desmontar la versión sacerdotal de la Iglesia. El Concilio impulsó reformas mayores. Niveló la relación entre los ministros y los fieles al considerar el bautismo como común denominador; puso a la jerarquía eclesiástica al servicio del Pueblo de Dios; reconoció al amor como principio de redención absoluto para todos los seres humanos; impulsó un diálogo Iglesia-mundo, pudiendo y debiendo aprender ella de este, y no solo enseñarle. Pero, por otra parte, el Vaticano II puso estas innovaciones en manos de los mismos sacerdotes, los celebrantes de la Eucaristía considerada la cumbre y la fuente de la vida de la Iglesia, es decir, los varones que han continuado separando y creyendo administrar lo sagrado y lo profano. Los decretos conciliares sobre el sacerdocio (*Presbiterorum ordinis*) y su formación (*Optatum totius*) han constituido un progreso, pero, al no ir lo bastante lejos en la superación de aquella separación, la reforma impulsada ha quedado a medio camino, lo cual, a la vez, ha facilitado regresiones muy lamentables, como lo ha sido una re-sacralización de los ministros y nuevos alejamientos en su relación con los y las católicas.

*La Iglesia no está a la altura de los tiempos y, porque la Encarnación pide hacerse a los tiempos, a los tiempos de la autonomía de la razón y a las demandas de dignidad de los seres humanos, muy difícilmente puede ser testimonio de Jesucristo.*

En el período posconciliar los seminarios han procurado acercar a los seminaristas al mundo real. Lo han hecho como un asunto espiritual y pastoral, pero ignorándose que la espiritualidad y la pastoralidad cristianas auténticas solo pueden darse allí donde hay un diálogo, una interacción y una participación efectivas de todos los bautizados y bautizadas en la tarea de anunciar el Evangelio. En la Iglesia Católica no hay cauces para algo así. Todo queda entregado a la buena voluntad de los presbíteros. La misma modernización de la formación de los seminaristas –incorporación de ciencias como la psicología y la sociología– no ha

bastado. Si los seminarios de impronta tridentina que ejecutan la separación Iglesia-mundo no son desmontados, los laicos y laicas seguirán siendo víctimas de su propia Iglesia.

Pero no solo estos; también los mismos seminaristas tempranamente comienzan a sufrir psíquicamente esta distancia operada entre Dios y su creación. La separación Iglesia-mundo, que los inicia en el camino al sacerdocio, los divide interiormente, los daña y enrarece el cumplimiento de su misión. El régimen formativo genera personas que deben representar la perfección evangélica, una suerte de participación en la infalibilidad, y, por lo mismo, se ven forzados a ocultar sus imperfecciones. No debiera extrañar que pueda pensarse que esta escisión sea una causa importante

de los encubrimientos de los abusos sexuales, de poder y de conciencia del clero. Pero, dejados estos aparte, una persona bipolarizada por la formación recibida solo malamente podrá orientar la vida cristiana de los demás. Bastante más ayudaría a los seminaristas una conciencia de falibilidad y una experiencia de la misericordia. Así podrían hablar de la salvación como una realidad experimentada en primera persona.

En suma, solo podrá haber una reforma de la Iglesia cuando se superen las separaciones señaladas. De momento, el común de los católicos, y las mujeres más que nadie, no tienen ninguna participación en la generación de las decisiones más importantes de su Iglesia. Estas son obra de un estamento sacerdotal que se elige a sí mismo y no se siente obligado a dar cuenta (*accountability*) a nadie del desempeño de sus funciones. Los obispos y sacerdotes son los “elegidos” por Dios, pero como si Dios no pudiera elegirlos a través de las comunidades.

Así las cosas, la Iglesia no está a la altura de los tiempos y, porque la Encarnación pide hacerse a los tiempos, a los tiempos de la autonomía de la razón y a las demandas de dignidad de los seres humanos, muy difícilmente puede ser testimonio de Jesucristo.◆



*“Jesús ordena lanzar las redes” por Claudio Di Girolamo, 2005  
(Bolígrafo sobre papel).*

# EL MOMENTO CATÓLICO ACTUAL ES LA REFORMA DE LA IGLESIA

POR EMILCE CUDA\*

Sabemos que la catolicidad es constitutiva de la Iglesia de Jesucristo porque es la realización de la unidad y a eso estamos llamados: a ser uno con el Padre. La figura del pontífice, sucesor y representante de Pedro, es la piedra angular que permite el equilibrio de fuerzas contrarias o conciliación de los opuestos; por eso funciona como fundamento de la unidad de las Iglesias particulares; es el fundamento de la catolicidad. Por consiguiente, la catolicidad de la Iglesia se realiza en la unidad entre los fieles con su obispo, entre estos con el Obispo de Roma, y todos con Cristo en unidad con el Padre.

También sabemos que la lucha por la justicia social es constitutiva de la prédica cristiana y, en consecuencia, de la catolicidad, debido a que el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo es acción redentora cósmica, es decir, de toda la familia humana y de toda la creación.

Sabemos que la unidad se realiza en la oración y en la acción. Eso significa que la catolicidad consiste en la confesión de un mismo credo, y en el discernimiento comunitario sobre el quehacer histórico, a partir de un mismo magisterio social pontificio. Sabemos que unidad no significa identidad absoluta al costo de aniquilar lo diferente, sino unidad como resultado de una equivalencia en la diversidad lograda mediante la construcción de puentes que comuniquen y acorten distancias discursivas de desconocimiento, evitando caer en fundamentalismos sostenidos por un mito, y no por una teología.

La catolicidad no es un tribunal que dice, juzga y castiga, sino una *comunidad* que escucha, discierne y festeja.

Uno es Dios trino, una es la Iglesia Católica en sus Iglesias particulares, una es la familia humana en su diversidad. Uno y trino es Dios, uno en muchos

*También sabemos que la lucha por la justicia social es constitutiva de la prédica cristiana y, en consecuencia, de la catolicidad, debido a que el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo es acción redentora cósmica, es decir, de toda la familia humana y de toda la creación.*

\* Emilce Cuda es laica, argentina, especializada en teología política, actualmente secretaria de la Pontificia Comisión para América Latina.



*Se trata de buscar el equilibrio, de poder ser una sola Iglesia de Cristo en muchas comunidades, y no de hacer uno de muchos eliminando la diferencia. Esa es la 'forma' católica, un poliedro cuya unidad articuladora está en la persona del pontífice, uno de entre nosotros ahí, presente.*

es su pueblo. Se trata de buscar el equilibrio, de poder ser una sola Iglesia de Cristo en muchas comunidades, y no de hacer uno de muchos eliminando la diferencia. Esa es la *forma* católica, un poliedro cuya unidad articuladora está en la persona del pontífice, uno de entre nosotros ahí, presente.

La catolicidad es la forma de unidad que constituye a los cristianos en Pueblo de Dios orante y laborante. Para atender este desafío, bajo el pontificado de Francisco se publica la nueva Constitución de la Curia Romana: *Praedicate Evangelium (PE)*. Esta no es la reforma de la Iglesia de Cristo, sino de la estructura curial, necesaria para poner en marcha la conversión misionera de la Iglesia hacia la misericordia.

Sabemos cuál es la misión que el Señor ha dado a sus apóstoles cuando los envió a predicar el Evangelio de la unidad bautizando en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Este envío constituye “el primer servicio que la Iglesia puede ofrecer a cada ser humano y a la humanidad entera en el mundo” (*PE* n.1). La Iglesia Católica es sacramento de unidad cuando da testimonio de la unidad en la diferencia, en palabras y en obras; de lo contrario no realiza la catolicidad. Por mor de esa unidad es que “La comunidad evangelizadora se mete en la vida cotidiana de los otros mediante obras y gestos, corta las distancias, se rebaja hasta la humillación si es necesario, y asume la vida humana, tocando la carne sufriente de Cristo en el pueblo -*EG* n.24-” (*PE* n.1). No se trata de un programa político-económico, ni tampoco de un ensayo ético. Es mística, es misión, es pueblo al que la pasión mueve a la acción comunitaria. Así se mueve, “el Pueblo de Dios, al comando del Señor, el cual pidiendo de anunciar el Evangelio, solicitó curar de los hermanos y hermanas más débiles, enfermos y sufrientes” (*PE* n.1).

El momento actual de la Iglesia Católica es el de la reforma, donde la nueva Constitución de la Curia Romana es una parte de ese proceso. El Santo Padre Francisco llama al compromiso evangélico entendido como “conversión misionera” del Pueblo de Dios, es decir, de su Iglesia, a imagen de la “misión de amor propia de Cristo” (*PE* n.2). Sus discípulos son llamados a ser “luz del mundo” para reflejar “el amor salvífico de Cristo que es la luz del mundo” (*PE* n.2). Hoy, como siempre, se trata de llevar a la humanidad el don sobrenatural de la fe, “luz que orienta nuestro camino en el tiempo” (*PE* n.2). En este tiempo de conversión misionera se realiza la reforma de la Curia Romana con el fin de hacer eficaz esa conversión, y no al revés (Cf. *PE* n.3).



*“Presentación de panes y peces” por Claudio Di Girolamo, 2020 (Tinta sobre papel).*

La misión se realiza en comunión, no aisladamente. Consiste en “hacer conocer y hacer vivir a todos la nueva comunión que en el Hijo de Dios hecho hombre ha entrado en la historia del mundo” (PE n.4). Esa vida en comunión es la sinodalidad. La unidad no emerge por un decreto, sino por un proceso. Emerge en la suma de momentos, en la articulación de sueños y necesidades comunes. En ese proceso histórico cada generación asume, o no, su responsabilidad comunitaria para construir colaborativamente la unidad, así en la tierra como en el cielo. “Se trata de una escucha recíproca en la que todos tienen algo que aprender [...] unos escuchando a los otros y todos escuchando al Espíritu Santo, el Espíritu de la Verdad, para conocer qué dice Dios a la Iglesia” (PE n.4).

La Iglesia Católica está en un grupo de misioneros en la unidad del Espíritu Santo. Del “grupo” estable de misioneros, del cual Pedro es el jefe elegido en medio de todos, emerge el único colegio apostólico, ahora como

*Hoy, como siempre, se trata de llevar a la humanidad el don sobrenatural de la fe, “luz que orienta nuestro camino en el tiempo” (PE n.2). En este tiempo de conversión misionera se realiza la reforma de la Curia Romana con el fin de hacer eficaz esa conversión, y no al revés (Cf. PE n.3).*

sociedad jerárquicamente organizada (Cf. *PE* n.5). En Pedro puso Jesucristo el fundamento de la unidad como puente comunicador de las diferencias. Ahora el fundamento de esa unidad está en cada obispo para su Iglesia particular, y en el Papa como pontífice máximo para la Iglesia Universal.

Por eso mismo dice la nueva constitución que “La Curia Romana está al servicio del Papa, el cual, en cuanto sucesor de Pedro, es el perpetuo visible principio y fundamento de la unidad de los obispos y de la multitud de los fieles [...] La Curia Romana no se coloca entre el Papa y los obispos, sino que se pone al servicio de ambos según la modalidad que sea propia de cada uno” (*PE* n.8). Ahora bien, qué significa que el Pontífice es el fundamento de la unidad. Ahí es donde cobra relevancia soberana el magisterio social pontificio destinado a enfrentar la amenaza a la unidad por parte del Enemigo –es decir, el mal, que tiene entidad pero no es persona–, dividiendo al Pueblo de Dios a través del conflicto social. Guerras, revoluciones, endeudamientos, dictaduras, apropiaciones, desempleo, analfabetismo, precariedad sanitaria, narcotráfico o trata de personas, son la modalidad mediante la cual el mal se expresa para impedir la unidad a la que nos llama Jesucristo. La unidad en la diferencia que busca el magisterio social mediante la realización de sus principios sociales no debería pensarse –si se es católico– solo en términos seculares –es decir, políticos y/o ideológicos–, sino también en términos eclesiales. De mala fe sería no reconocer que la injusticia social divide no solo a la sociedad civil, sino también al Pueblo de Dios que la constituye en gran medida. Da tristeza ver cómo católicos se niegan a acoger migrantes, distribuir riqueza o pensar nuevas formas fiscales

*De mala fe sería no reconocer que la injusticia social divide no solo a la sociedad civil, sino también al Pueblo de Dios que la constituye en gran medida. Da tristeza ver cómo católicos se niegan a acoger migrantes, distribuir riqueza o pensar nuevas formas fiscales y financieras que garanticen una protección universal para evitar poner en peligro la común-unidad.*

y financieras que garanticen una protección universal para evitar poner en peligro la común-unidad. El magisterio social pontificio interpela a todo católico. Ninguno debe sentirse ajeno a su jurisdicción apelando a la legalidad de su país de residencia, ya que la catolicidad es transversal a las fronteras geopolíticas. Esa es precisamente la diferencia cualitativa del catolicismo. Los católicos, en el plano social, nos alineamos moralmente al magisterio pontificio, allende de todo sistema jurídico nacional, si este es contrario a los principios de la Doctrina Social de la Iglesia. Por ejemplo, la dignidad humana de los trabajadores debe buscarse como un fin social cristiano independientemente de que la legislación laboral del país de residencia no la contemple. Eso distingue a la catolicidad de otras prácticas religiosas, es decir, tenemos un magisterio social de jurisdicción moral universal, y es el soberano

pontífice, como último legislador, quien lo promueve por la unidad de la Iglesia –antes que por intereses político y económicos–, para prevenir la guerra fratricida. La injusticia social impide la unidad de la Iglesia que es el Pueblo de Dios en los pueblos de la tierra.

De acuerdo con lo dicho, resulta entonces que “el Papa, los obispos y los otros ministros ordinarios no son los únicos evangelizadores en la Iglesia” (PE n.10). La nueva constitución dice que “cada cristiano, en virtud del bautismo, es un discípulo-misionero en la medida en que se encuentra con el amor de Dios en Cristo” (PE n.10). La reforma, por lo tanto, debe tender al compromiso de laicos y laicas, incluso en el rol de gobierno y responsabilidad. ¿Por qué Francisco los promueve? No porque sean mejores cristianos que los clérigos, sino porque su conciencia de la realidad social –por vivir y tener que sobrevivir en el mundo secular–, sumada a la virtud teologal de la fe que les permite descubrir, mediante el *sensus fidei*, qué dice Dios hoy, puede contribuir valiosamente tanto a la unidad de la sociedad civil como de la Iglesia. Su creatividad laboral, legal, científica y organizativa es parte de la catolicidad que busca la salvación cósmica, es decir, de las personas y de toda la creación. El Evangelio también actúa como fermento de la realidad temporal, ya que es el fundamento a partir del cual se hará el discernimiento de lo que es bueno y lo que es malo para la dignidad de los pueblos en los que habita el Pueblo de Dios.

La reforma de la Iglesia Católica no es una reingeniería industrial, sino un compromiso, una “reforma interior”, y esta depende de cada uno de los fieles. Estamos en el momento de *constitución católica de la conciencia*, a lo que los cristianos llamamos conversión. Se trata de la puesta en marcha de la espiritualidad del Concilio; un proceso histórico, antes que un conjunto de reglas. La reforma como conversión, finalmente, no es otra cosa que poder llegar a reconocer el rostro de Cristo en cada rostro de la humanidad (Cf. PE n.11).

“La reforma [de la curia] no es un fin en sí mismo, sino un medio para lograr un firme testimonio cristiano; para favorecer una evangelización más eficaz; para promover un más fecundo espíritu ecuménico; para iniciar un diálogo más constructivo con todos”. Ese es el estado actual de la Iglesia católica abierto por el Papa Francisco, un “ejercicio con el cual se fortalece la unidad de la fe y de la comunidad del pueblo de Dios y se promueva la misión propia de la Iglesia en el mundo” (PE n.12). Es un proceso; por eso requiere tiempo. Para llegar hace falta hacer un recorrido; hace falta determinarse a hacer ese recorrido; hace falta dejarse conducir por el Espíritu “que es la verdadera guía de la Iglesia” (PE n.12).◆

*Estamos en el momento de ‘constitución católica de la conciencia’, a lo que los cristianos llamamos conversión. Se trata de la puesta en marcha de la espiritualidad del Concilio; un proceso histórico, antes que un conjunto de reglas.*



*“Sermón de la montaña” por Claudio Di Girolamo, 1990  
(Bolígrafo sobre papel).*

# EL MOMENTO ACTUAL PARA LOS INTELLECTUALES CATÓLICOS

POR JOAQUÍN GARCÍA-HUIDOBRO\*

**E**l momento que vivimos plantea múltiples tareas a todos los católicos. ¿Cuáles son las propias de los intelectuales?

Recuerdo una conversación con Robert Spaemann (1927-2018), durante su visita a Chile para recibir el Doctorado *Honoris Causa* de la Universidad Católica. En esa ocasión, este filósofo alemán me decía que él concebía su tarea intelectual como una misión semejante a la que tenían los antiguos caballeros andantes, que iban a la defensa de una doncella amenazada por un dragón. Hoy, explicaba, está ante nosotros el hombre común, ese que trabaja duro, que saca adelante a su familia y se preocupa de ser un buen ciudadano. Pero llega el sofista a inquietarlo, y le dice que todo lo que hace resulta absurdo. Así, con todo tipo de argumentos falaces pretende convencerlo de que no tiene sentido ni creer en Dios, ni ser fiel a su mujer, ni dedicar la vida a la educación de sus hijos. Entonces interviene el filósofo, ese nuevo caballero andante, y le dice: “No se preocupe, usted está bien. Yo le daré las razones que muestran que su postura es correcta y que el sofista es quien está equivocado”.

Me parece que las palabras de Spaemann ilustran bien una parte importante de nuestro cometido y no solo para quienes nos dedicamos a la Filosofía. En tiempos en que cunden la duda y el pesimismo, estamos llamados a profundizar en el rico tesoro de la herencia intelectual que hemos recibido, reflexionar sobre los nuevos problemas y dar una “esperanza humana”, por llamarla de alguna manera, a tantas personas que están profundamente desconcertadas porque ven que parece haberse esfumado el mundo cristiano en el que hasta hace pocos años habían vivido.

*En tiempos en que cunden la duda y el pesimismo, estamos llamados a profundizar en el rico tesoro de la herencia intelectual que hemos recibido, reflexionar sobre los nuevos problemas y dar una “esperanza humana” a tantas personas que están profundamente desconcertadas porque ven que parece haberse esfumado el mundo cristiano en el que hasta hace pocos años habían vivido.*

\* Joaquín García-Huidobro es abogado, doctor en Filosofía y en Derecho y académico del Instituto de Filosofía de la Universidad de los Andes, Chile.

Los intelectuales no somos superiores a nadie, pero estamos en condiciones de mostrar a la gente el marco cultural que permite entender un poco mejor aquello que experimentan muchas veces con desazón. No les resolveremos sus problemas, pero en muchas ocasiones es de gran ayuda simplemente el saber un poco mejor en qué consisten.

La secularización avanza y vemos que muchos cristianos ceden ante ella; pero presenta un problema insalvable: es radicalmente fea. Sus propuestas pueden parecer atractivas en algún momento, pero en el fondo son grises. Su nihilismo es incapaz de llenar el corazón humano. En este contexto, los intelectuales creyentes tienen un papel muy relevante, porque pueden ayudar a mostrar la belleza del cristianismo, y no solo de él, sino de todo lo que hemos recibido de esas tres ciudades que resumen toda nuestra cultura, Atenas, Roma y Jerusalén: concretamente el valor de la razón y el derecho para configurar la vida personal y social, y la apertura a la trascendencia, representada en la idea de un Dios único y providente. Pensemos, por ejemplo, en cuánto puede influir en sus alumnos el solo hecho de que vean a un profesor que destaca en lo académico y, al mismo tiempo, lleva una vida coherente con su fe.

La difusión de una cultura que se presenta como poscristiana no puede llevar a pensar que todo lo que vemos a nuestro alrededor es malo. No se trata de asumir acríticamente el panorama cultural que nos rodea, sino de poner en perspectiva nuestros problemas y ver qué podemos hacer para superarlos. Existen muchos aspectos positivos en las nuevas corrientes de pensamiento y también en los cambios que experimentan nuestras sociedades; por eso, es necesario discernir de manera serena todo lo que hay de valioso en esas propuestas, situándonos tan lejos de cualquier encandilamiento ante lo nuevo como de toda actitud meramente reactiva. No olvidemos ese dicho viejo y sabio: “Toda verdad es cristiana”, pero eso no nos dispensa de la necesidad de buscarla y descubrirla. Aquí los intelectuales resultan imprescindibles, siempre que entiendan su tarea no como una ocasión de autoenaltecerse, sino como un servicio a los demás: se trata de poner la propia inteligencia en beneficio del pueblo cristiano y de todos los hombres.

Parte de esta contribución consistirá en recordarles que nuestras vidas tienen el carácter de una misión. En efecto, en la época presente, solo los cristianos que tengan un profundo sentido de misión estarán en condiciones de resistir el ambiente adverso que muchas veces los rodea. Por eso, para una persona así, el hecho de estar en minoría resulta tan anecdótico como podría serlo la nimia circunstancia de hallarse en mayoría. Ni lo primero puede llevar a la desazón ni lo segundo a adoptar esas posturas arrogantes que tantas veces hemos visto a lo largo de la historia.



*“Jesús pasa entre los acusadores” por Claudio Di Girolamo, 1965  
(Boceto para mural. Grafito sobre papel).*



Una parte del proceso de renovación intelectual al que estamos llamados tiene que ver con la formación de otros intelectuales. Hay que preparar a personas jóvenes para que desempeñen una tarea semejante a la nuestra, pero mejor que nosotros. Lo harán porque les habremos transmitido una experiencia que los ayudará a no cometer nuestros mismos errores (ya cometerán los suyos) y los habremos ayudado a partir desde donde nosotros hemos llegado con tanto esfuerzo. En esta tarea formativa resulta imprescindible practicar un espíritu de comunidad. La búsqueda de la verdad es una tarea cooperativa. Además, en tiempos difíciles no es bueno estar solo. La soledad es terreno fértil para que crezca el pesimismo, que es una enfermedad muy dañina.

Un intelectual cristiano no tiene derecho a transformarse en un pesimista, no solo porque debería alimentarse de la esperanza teológica, sino porque su tarea es mucho más fácil que la del resto de los creyentes: le basta con escribir y con hablar de lo que lleva en el corazón para que

*Quizá ciertos pesimismos se deban simplemente a que se ha descubierto que uno debe vivir el cristianismo sin el apoyo de leyes e instituciones, y esto puede asustar, porque inevitablemente supondrá un mayor esfuerzo. Pero una situación semejante está lejos de ser una novedad en la historia.*

su acción llegue a muchos. Por supuesto que esto exige huir como de la peste de cualquier mentalidad de víctima, y no exagerar las dificultades que, inevitablemente, algunos pondrán a su tarea. Un cristianismo malhumorado es una contradicción en los términos. Un poco de Chesterton no le viene mal a nadie y quizá su lectura y la de otros grandes apologistas (la palabra no está de moda, lo que muestra su necesidad) sea hoy una medicina especialmente propicia para curar la melancolía que embarga a tantos creyentes.

Quizá ciertos pesimismos se deban simplemente a que se ha descubierto que uno debe vivir el cristianismo sin el apoyo de leyes e instituciones, y esto puede asustar, porque inevitablemente supondrá un mayor esfuerzo. Pero una situación semejante está lejos de ser una novedad en la historia y, además, es la que nos ha tocado vivir. Una cosa es la pena y otra muy distinta el pesimismo. Si hay que llorar, se llora: esto no sería ninguna novedad. ¿Acaso no decían los medievales que el “don de lágrimas” era un regalo muy especial de Dios? Sería un ingrato aquel que se llenara de tristeza al recibir un obsequio tan privilegiado.

Finalmente, conviene no olvidar que formar personas jóvenes —una tarea tan apasionante como necesaria en nuestra época— es algo muy

distinto de fabricar clones. No se trata de que esas personas que nos rodean repitan nuestras ideas, sino de crear un ambiente donde cada uno encuentre su camino propio para seguir a Jesucristo en su quehacer intelectual. La verdad es poliédrica y hay mil maneras de expresarla y de hacer propia la idea de que la vida es una misión. Por eso, nada más opuesto al espíritu de secta que el cristianismo.

Como se ve, los intelectuales cristianos no tendremos mucho tiempo disponible para estar pesimistas. Los demás cristianos tendrán otras tareas, pero en el caso de los intelectuales parece que no tenemos un minuto que perder. La razón ya la explicó san Pablo hace muchos años: “El amor de Cristo nos urge” (2 *Cor* 5, 14).◆

# MOMENTO RELIGIOSO DE AMÉRICA LATINA

POR PEDRO MORANDÉ\*

Suele mencionarse que la religiosidad en América Latina y en el mundo ha cambiado mucho este último tiempo, disminuyendo el catolicismo, aumentando los evangélicos y, muy especialmente, aumentando la increencia, si no el ateísmo, entre quienes declaran no adherir a ninguna religión. Nadie puede negar que algunos de estos fenómenos efectivamente se han producido, aunque las cifras usadas no sean coincidentes, ni se las comprenda en el marco de una evolución social cada vez más compleja.

Las cifras provienen centralmente de encuestas. Con este tipo de información se suele pedir autocalificación y autoevaluación respecto de lo que se cree y de las prácticas que se realizan. Es decir, se piensa la religión como un hecho esencialmente subjetivo. Si la pregunta escapa además a la condición inmediatamente personal, se tiende a generalizar como un asunto ideológico que separa a tradicionalistas y progresistas.

Un ejemplo clásico de esta reducción ideológica del credo religioso lo constituye la moral. Se reduce el fenómeno religioso a la orientación moral de la conducta, especialmente de aquella que resulta vinculante para la acción particular de los individuos. Tan importante ha sido este punto que muchos científicos sociales afirman que la mayor contribución de la religión a la sociedad es la moralidad, proporcionando el cimiento para la vida en común. No se ha considerado nunca la moralidad, sin embargo, como una ideología arbitraria y socialmente opinable, sino como una responsabilidad individual y colectiva que es “imputable” a las personas como adhesión y respeto a la convivencia misma.

En estas condiciones, no puede bastar que se pregunte a las personas sobre cuáles son las creencias religiosas subjetivas y cuáles las opciones morales que tienen y el modo como se sienten obligadas a cumplirlas. Preguntar por las creencias no es lo mismo que preguntar por lo que la gente opina. Aunque la libertad de conciencia y de expresión se encuentran entre los principios

\* *Pedro Morandé es doctor en Sociología, profesor emérito de la Pontificia Universidad Católica de Chile y miembro de la Pontificia Academia para las Ciencias Sociales. Miembro fundador de Humanitas.*



*“La resurrección de Lázaro” por Claudio Di Girolamo, 2001  
(Grafito y bolígrafo sobre papel).*

*Para salir al paso de la trivialización religiosa traída por la no-creencia se hace urgente y necesario reconocer la finalidad de su conciencia. Es muy provechoso para ello acercarse a la riqueza del magisterio pontificio que sostiene que la religiosidad de un pueblo, y no solo de los individuos, es uno de los factores esenciales de su cultura y de su historia.*

éticos universales del orden social racional, la libertad de conciencia no puede satisfacerse con la posibilidad de sostener frente a los demás lo que a cada quien le place, sino que se deben cumplir las reglas de lo que es debido para que se cumpla el precepto de que las personas son “libres e iguales en dignidad y derechos”. La libertad de conciencia no es un capricho individual e inimputable.

Por ello, la pregunta sobre las creencias religiosas tiene que buscar el fondo del problema que quieren conceptualizar y no solo a las opiniones contingentes que podrían existir en un determinado momento. Esta admonición vale no solo para todos los observadores del fenómeno, sino, en primer lugar, para los propios creyentes, cualquiera sea el modo en que esta creencia se conceptualice y sea ritualmente representada. No se puede trivializar sin riesgo la pregunta religiosa.

Para salir al paso de la trivialización religiosa traída por la no-creencia se hace urgente y necesario reconocer la finalidad de su conciencia. Es muy provechoso para ello acercarse a la riqueza del magisterio pontificio que sostiene que la religiosidad de un pueblo, y no solo de los individuos, es uno de los factores esenciales de su cultura y de su historia. Así lo sostenía con fuerza san Juan Pablo II, quien en su propio país debió luchar para preservar su cultura histórica, asediada por invasores de distinta ideología pero con el idéntico propósito de borrar la memoria histórica de quienes querían ser protagonistas y no solo marionetas del nuevo orden impuesto. Los invasores tenían también en común el deseo de imponer el ateísmo en las relaciones sociales, disolviendo la conciencia religiosa y moral del pueblo.

Como enseñaba Juan Pablo II, la cultura comprende las acciones básicas de la vida de las personas y de los pueblos mencionando, en particular, cuatro verbos muy significativos: “nacer, amar, trabajar, morir”<sup>1</sup>. Todas las actividades humanas significativas para una sociedad se encuentran incluidas en estos cuatro verbos, pues ellos resumen, por una parte, el horizonte de la vida (nacer y morir) y, por la otra, el sentido humano de las actividades vitales (trabajar y amar). Consciente de esta vinculación con la totalidad de lo real, agregaba el Papa, por tanto, que la cultura se definía por la actitud más profunda del ser humano frente a la realidad, su “actitud ante el misterio más grande, el misterio de Dios”.

<sup>1</sup> Cfr. Juan Pablo II; *Centesimus annus*. 1991, cap. IV.

Este es uno de los problemas clave de la comprensión de lo religioso, su comprensión del “misterio”. Dios se muestra a sí mismo al hombre como misterio. Así lo ha comprendido la Iglesia desde la época apostólica, como queda claramente de manifiesto en el famoso discurso de san Pablo ante el Areópago, el que ha pasado a ser el arquetipo de la evangelización cristiana. Decía, “lo que adoráis sin conocer, eso os vengo a anunciar. En Él vivimos, nos movemos y existimos... porque somos también de su linaje” (*Hech* 17, 23-28). La palabra griega “misterio” se tradujo al latín como “sacramento”. De ahí que en todas las culturas la religión tiene como expresión más arcaica el “simbolismo” sacramental.

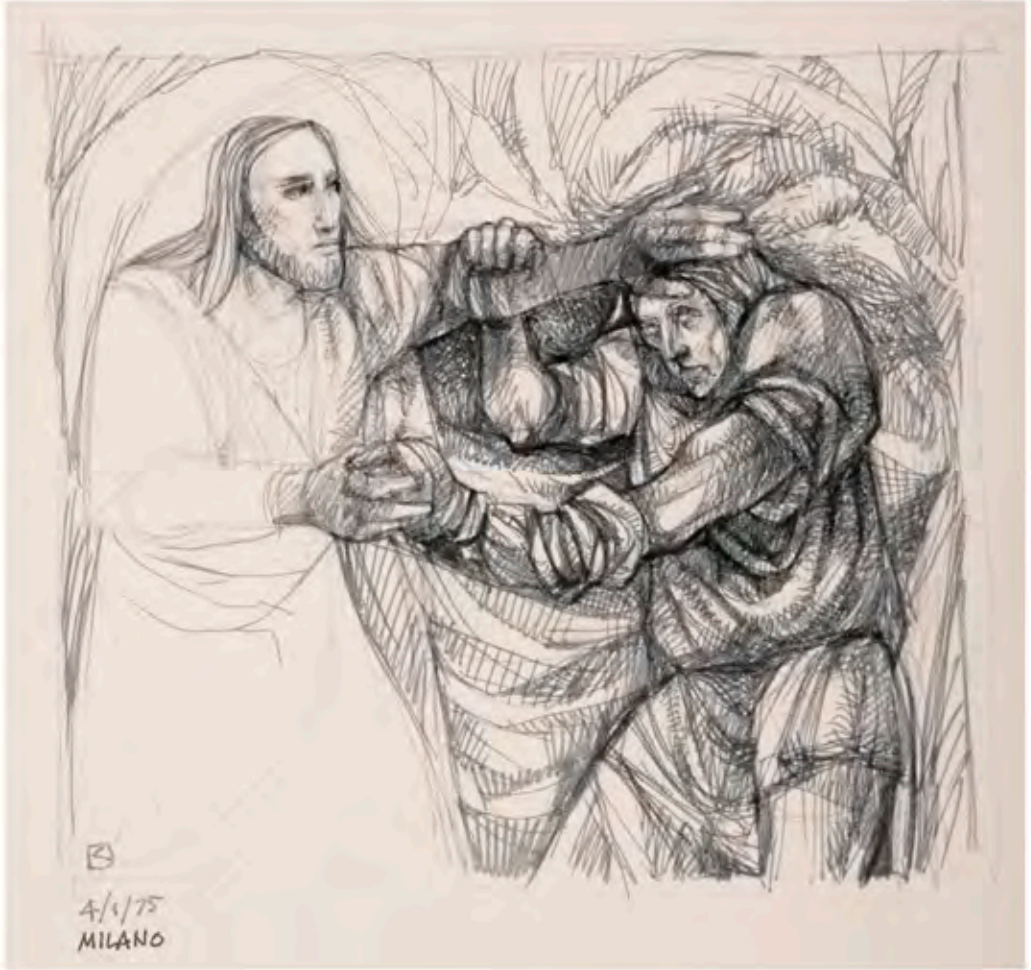
Con la introducción de la escritura la religión se volvió también “palabra” de sabiduría y de salvación, como atestiguan las tres grandes religiones monoteístas. No obstante, la importancia del texto continúa siendo el simbolismo ritual, el fundamento de la realidad considerada como misterio y que es necesario estudiar, contemplar y venerar. Por ello, no basta su explicación ideológica, sino que se tiene que buscar también una expresión litúrgica.

Pues bien, la religiosidad de América Latina ha sido, desde su inicio, una religiosidad cáltico-ritual. Lo fue la de los pueblos originarios que no tenían escritura, como también la religiosidad mestiza nacida de la primera evangelización y del encuentro entre pueblos y culturas diversos. La primera evangelización fue ágrafa para pueblos ágrafos, asumiendo el simbolismo ritual el papel de la comunicación y del entendimiento. La lectura de la Biblia comenzó recién con los protestantes en el siglo XIX. La devoción simbólica y barroca se mantiene hasta el presente en todas las grandes fiestas populares.

El peregrinar de la religiosidad popular suele adquirir también una dimensión moral entre quienes quieren mantener la tradición transmitida de padres a hijos por generaciones. La moralidad, en este caso, no es la del deber que acompaña a las acciones sociales, sino más bien la de pertenecer conjuntamente a un pueblo que debe comer, descansar, recrearse, festejar y solicitar de la vida un mejor futuro con salud, trabajo, abundancia y seguridad.

Columna vertebral de esta religiosidad latinoamericana ha sido por siglos la devoción mariana. Desde luego, en muchas de las tradiciones religiosas originarias existía la devoción a la madre común, y en casi todas

*La religiosidad de América Latina ha sido, desde su inicio, una religiosidad cáltico-ritual. Lo fue la de los pueblos originarios que no tenían escritura, como también la religiosidad mestiza nacida de la primera evangelización y del encuentro entre pueblos y culturas diversos.*



*“Curación del leproso” por Claudio Di Girolamo, 1975  
(Plumón sobre papel).*

las culturas agrícolas había rituales de fertilidad y rogativas para que la cosecha diese abundantes frutos. Tal acción no se producía sin la participación humana, pero a la vez, esta no era suficiente para la obtención del fruto. Pese a que la agricultura se ha cambiado en el presente por una “productura”, mecánicamente especializada, los rituales simbólicos nos hablan todavía del misterio que envuelve la vida próxima a la naturaleza.

La imagen de la Virgen María en este contexto tenía una innegable connaturalidad, la que pronto se uniría a la tradición. Fue la creencia en la aparición de la Virgen al indio Juan Diego en las colinas del Tepeyac en México la que introdujo tempranamente el culto mariano en esta tierra. Su rostro mestizo hablaba de los nuevos pueblos que surgirían con el encuentro de diversos mundos, cuya madre común sería la Virgen María. Bajo múltiples advocaciones locales según la geografía y el acento de los carismas de las órdenes religiosas, se fue forjando progresivamente una red de santuarios marianos en toda América Latina que nutre su religiosidad popular hasta el presente. La Conferencia de Obispos de Aparecida reconoció con palabras muy bellas y elocuentes el rol evangelizador de la religiosidad popular.

¿Cómo se seculariza esta religiosidad ritual en la actualidad? Desde la célebre proclamación de la “muerte de Dios” de Nietzsche, pasando por Hegel, Weber, Berger, Taylor, Habermas, Luhmann, Bauman y tantos otros, se ha considerado como algo característico de la modernidad la transformación de la mentalidad religiosa en un signo mundano para su uso económico, político o social. Ciertamente, las creencias religiosas y morales han cambiado muy sustancialmente, haciéndose más relativistas y con menor adhesión en el plano institucional. Ya no hay propiamente herejías, como en el medioevo y renacimiento europeos y la “herejía modernista”, antes que orientarse a los artículos del credo, se concentra en las potestades eclesiales para la interpretación del dogma. En la actitud cotidiana de los fieles de todo el mundo se percibe una cierta indiferencia hacia el credo y una lejanía institucional de las iglesias. Pero no se lo ve como algo inconsistente e incompatible. Así, no podría decirse que con la secularización se trata de un abandono de la fe tradicional, una suerte de apostasía de la conciencia, sino más bien que la fe se subjetiviza y se la desliga de la objetividad de la pertenencia a la Iglesia.

Por los aspectos antes mencionados, no se ha mostrado empíricamente correcta la interpretación de la secularización como cambio en

*La “herejía modernista”, antes que orientarse a los artículos del credo, se concentra en las potestades eclesiales para la interpretación del dogma. En la actitud cotidiana de los fieles de todo el mundo se percibe una cierta indiferencia hacia el credo y una lejanía institucional de las iglesias.*



la conciencia y en la mentalidad de las personas, como querían algunos destacados autores. Lo cierto es que la secularización puede convivir con concepciones tradicionales del dogma y de la liturgia. En este punto tiendo a aceptar como más razonable la tesis sobre la secularización desarrollada por Luhmann, según la cual ella no se produce por un cambio subjetivo interior de la conciencia religiosa, sino por un cambio en el medio ambiente de la comunicación social sobre la religión, fruto del incremento de complejidad que trae consigo una sociedad organizada por funciones más que por personas.

Algunas de las tradicionales tareas asumidas en el pasado por las instituciones religiosas son redefinidas completamente por el nuevo entorno comunicacional moderno. Las religiones se ven obligadas a definir su propio espacio funcional, diferenciándose de las otras funciones de la sociedad. Así, el mayor cambio social experimentado por la religión en el presente no se debe a la política, la economía, la ciencia, tecnología y la educa-

ción, sino al uso de los medios de comunicación de masas, especialmente los audiovisuales. La “Galaxia Gutemberg”, que está en la base de la modernidad ilustrada, ha dado paso a la cultura audiovisual con consecuencias en el plano de la temporalidad, donde se destaca el valor del presente y de la inmediatez de lo contingente, y en la espacialidad, donde destaca el valor de la totalidad de lo visible, con el aprecio consiguiente de la naturaleza, de la ecología, de la arquitectura y de la infraestructura urbana.

Si la sociedad organizada por la complejidad de sus funciones autónomas ha devenido “policéntrica”, surge entonces la pregunta: ¿Dónde se sitúa ahora el centro cúlrico y ritual de la religión, lo que antaño fueron la ciudad, el templo y el calendario? ¿Tienen sustitutos seculares? La respuesta más apresurada sería afirmar que este nuevo centro es también audiovisual. Pero no se puede perder de vista que la

época audiovisual no es más que una etapa en el devenir de la sociedad a la que seguirán muchas otras. No puede suponerse que la relación del hombre con el misterio acabará en la edad audiovisual. Tampoco lo hizo antes con la aparición de la escritura ni con la aparición del templo. Cada etapa histórica ha tenido la necesidad de adaptar su conciencia religiosa a las novedades del tiempo y lo hará también en el futuro.

*¿Dónde se sitúa ahora el centro cúlrico y ritual de la religión, lo que antaño fueron la ciudad, el templo y el calendario? ¿Tienen sustitutos seculares? La respuesta más apresurada sería afirmar que este nuevo centro es también audiovisual. Pero no se puede perder de vista que la época audiovisual no es más que una etapa en el devenir de la sociedad a la que seguirán muchas otras.*

Recientemente se ha publicado un libro de Rocco Buttiglione, prologado por el Papa, que se llama *Caminos para una teología del pueblo y de la cultura*, que explora detalladamente la contribución de la teología y de la pastoral de América Latina al catolicismo actual y del próximo futuro. La lectura de este libro revitaliza la energía y la esperanza de la Iglesia particular de este continente que se hizo universal con un pontífice nacido religiosamente de sus entrañas.

Resulta indispensable entonces mantener abierta la conciencia a la totalidad del misterio de la vida, puesto que como decía san Pablo en el Areópago, “en Él vivimos, nos movemos y existimos”.◆



“Entrada a Jerusalén” por Claudio Di Girolamo, 1965  
(Grafito sobre papel).

# CREO Y PERTENEZCO, O LA CREYENTE DESIGNADA

POR MARÍA ESTER ROBLERO\*

Solo el 42% de los chilenos se declara católico actualmente y apenas un 19% confía en la Iglesia Católica<sup>1</sup>. Como periodista he pasado casi cuatro décadas trabajando con palabras más que con cifras, y por ello hoy busco las expresiones lingüísticas de esta radiografía sociológica

para responder a la pregunta formulada por revista *Humanitas* en su edición n°100: “¿Cómo percibe Ud. el momento católico actual?”.

Me encuentro con la expresión *nones* en el inglés, para nombrar a quienes no se sienten de ninguna religión. Y en ese mismo idioma, con la expresión *seekers*, para denominar a los buscadores de una espiritualidad nueva y diferente. Mis entrevistados, por su parte, siempre me abren el tercer ojo hacia autores con teorías lúcidas que explican también los procesos que habitamos. Y gracias al director de *Humanitas* conocí la obra

de la socióloga británica Grace Davie, quien en uno de sus libros describe el patrón religioso que observo en muchos de quienes me rodean: *believing without belonging*. Creer sin pertenecer. No es que ellos y ellas no crean, solo se han decepcionado y alejado. Sin llegar a una renuncia formal a la Iglesia Católica, a una apostasía explícita, ya no se sienten parte de esta.

*En este contexto, también y muchas veces, me he preguntado si es que yo creo, y en qué creo, y si pertenezco, a qué pertenezco. Me he preguntado si la fe que heredé de mis padres, que sentí como auténtica en mi adolescencia y juventud, que he ido madurando con el tiempo, ¿es real, o es un invento, una fantasía, una superstición?*

1 Ver Encuesta Nacional Bicentenario UC 2021, Pontificia Universidad Católica

\* María Ester Roblero Cum es periodista y magister en Letras, Pontificia Universidad Católica de Chile. Coautora de “Lo dijo el Padre Hurtado” (2018), “70 Mensajes para el futuro” (2021), entre otros libros. Es parte del Consejo Editorial de la Revista Mensaje.





*“Partición del pan” por Claudio Di Girolamo, 1978 (Grafito sobre papel).*

En este contexto, también y muchas veces, me he preguntado si es que yo creo, y en qué creo, y si pertenezco, a qué pertenezco. Me he preguntado si la fe que heredé de mis padres, que sentí como auténtica en mi adolescencia y juventud, que he ido madurando con el tiempo, ¿es real, o es un invento, una fantasía, una superstición? La respuesta es: creo. Creo y pertenezco, a pesar de mí y a pesar de la Iglesia, creo en esta comunidad universal fundada por Jesús sobre la piedra más frágil de la creación, el ser humano. Y creo en su finalidad, traer vida en abundancia. Creo en el Evangelio, en esa revolución histórica que implicó reconocer a todas las personas con un origen y destino común, y creo en el impacto psicológico que puede implicar el saberse deseado y amado por un Creador. Creo y suscribo las bienaventuranzas de Jesús y todo el proyecto cristiano que estas contienen.

Creo y pertenezco a la Iglesia Católica, la que está renovando el Papa Francisco. Creo y suscribo lo que él dice en *Evangelii gaudium*, *Laudato si'* y *Fratelli tutti*, especialmente sobre la necesidad que hoy existe de regenerar nuestra forma de relacionarnos como seres vivos, en el llamado al cuidado de nuestra casa común, para ser cada vez más conscientes de que las personas y otras especies habitamos un mismo planeta y tenemos que saber convivir y no hacer daño al prójimo ni a la Tierra.

Creo y pertenezco a la Iglesia Universal, y también a la Iglesia latinoamericana. Esa en cuya historia vive el carisma humilde de Martín de Porres, la voz rebelde al poder de fray Antón Montesino, la fortaleza de Juana Inés de la Cruz y la perseverancia de Bartolomé de las Casas. Me

*Creo y pertenezco a la Iglesia Católica chilena, la Iglesia de Teresita de Los Andes, del padre Hurtado, de Enrique Alvear, Esteban Gumucio y Francisco Valdés. Pero también creo y pertenezco a la Iglesia chilena que no se ve, la de los santos anónimos de la puerta de al lado [...]*

siento orgullosa del CELAM y de sus conferencias de Río de Janeiro, Medellín, Puebla, Santo Domingo y Aparecida. Suscribo la lucidez con que esos textos, desde 1968, previeron los efectos que tendría la pobreza y la violencia en nuestro continente. Creo, por cierto, en las encíclicas sociales papales que antecedieron a esos encuentros, admiro el trabajo de Henri de Lubac sobre la naturaleza social del catolicismo y me interesa sobremanera la llamada “Teología del Pueblo” en que hunde sus raíces teológicas el Papa Francisco. Lloro a nuestros mártires, a quienes han dado la vida sirviendo a los demás, muchas veces incomprendidos por los propios creyentes.

Creo y pertenezco a la Iglesia Católica chilena, la Iglesia de Teresita de Los Andes, del padre Hurtado, de Enrique Alvear, Esteban Gumucio y Francisco Valdés. Pero también creo y pertenezco a la Iglesia chilena que no se ve, la de los santos anónimos de la puerta de al lado: esa repartida de norte a sur de este país, que emerge en el paisaje físico a través de su columna vertebral de capillas, desde Parinacota hasta la Patagonia, y en la identidad particular de cada comunidad que se reúne a la hora de la celebración y del dolor, al momento de encomendar la lluvia, las siembras y las cosechas.

Podría lavarme las manos y decir que no creo en la Iglesia que me avergüenza, la protagonista de abusos sexuales y de conciencia, la Iglesia abusiva de las mujeres y reaccionaria a cualquier cambio. Pero creo que la Iglesia es una sola y pertenezco a ella, y vivo el mismo purgatorio, ahogándome en el dolor de las víctimas, padeciendo la crueldad y esperando la lluvia que traiga nuevos brotes a esta época baldía.

Creo en la teopolítica y no en la neutralidad o el silencio. Porque creo y pertenezco a una Iglesia que lleva dos mil años luchando contra la injusticia y transformando su fe en cultura. Me identifica mucho lo que escribe el politólogo Mark Lilla, que alerta sobre toda nueva forma de intolerancia que toma el nombre de cancelación. Yo creo en una Iglesia capaz de recorrer su propio Vía Crucis, anunciar su Evangelio, al mismo tiempo que la escupen y apedrean.

Creo y pertenezco a una Iglesia Católica de mujeres que se han mantenido de pie en los peores momentos. En cualquier capilla de nuestro país están esas madres, amigas y hermanas, capaces de enfrentar terremotos y pandemias. La historia ha sido escrita por hombres la mayoría de las veces hasta ahora, pero me inspira la evidencia de que siempre han existido mujeres que se han parapetado ante el poder masculino injusto y arbitrario, como Hildegarda de Bingen, que fue capaz de decir en el siglo IX: “¡Oh, figura femenina, cuán gloriosa eres!”. Hoy lo hacen mujeres como Martha Nusbaum, Mariana Mazzucato o Kate Raworth, que expresan el genio femenino a través de un trabajo intelectual potente, en un área que hasta hace poco parecía ser de dominio masculino: la economía.

Creo en el poder del arte para despertar la religiosidad latente de muchos. Desde el poder de la hermosa *Creación de Adán* en la Capilla Sixtina, hasta el poema de Rosabetty Muñoz «No se crían hijos para verlos morir», que me traspasa con el eco de una voz profundamente cristiana.

El arte puede lograr mucho más que extensos tratados y, como el chispazo de una presencia, permitir que ese Dios porfiado se cuele en nuestra existencia haciéndonos afirmar, sí, de verdad, yo creo porque te intuyo.

Por último, también creo en lo que algunos autores, como la citada socióloga Grace Davie, llaman religiosidad vicaria: porque siempre hay alguien en cada familia, equipo de trabajo, o grupo de amigos, que es creyente y reza por todos cuando se lo piden. Y por eso también creo con más fuerza, y pertenezco, porque muchas veces he sido la creyente designada. Y en esos momentos, al pedir por otro, con absoluta gratuidad, me he dado cuenta de que mi fe no es un espejismo, ni una superstición. Creo y pertenezco, tan intensamente como la viejita que se persigna al pasar su micro frente a una cruz, como la que reza el rosario besando las cuentas, o la que canta a voz en cuello en las misas, como una loba a la que nadie podría acallar.◆

*Y por eso también creo con más fuerza, y pertenezco, porque muchas veces he sido la creyente designada. Y en esos momentos, al pedir por otro, con absoluta gratuidad, me he dado cuenta de que mi fe no es un espejismo, ni una superstición.*

# LA IGLESIA HOY, CATÓLICA Y LAICA

POR INÉS SAN MARTÍN\*

*Aunque habitualmente perdamos este hecho de vista, católica significa universal. Y si bien es fácil, y me atrevo a decir comprensible, reducir la actualidad de la Iglesia Católica al instante que estamos viviendo, cada uno en su contexto actual, es importante tener en cuenta que la realidad de la Iglesia es poliédrica.*

Aunque habitualmente perdamos este hecho de vista, católica significa universal. Y si bien es fácil, y me atrevo a decir comprensible, reducir la actualidad de la Iglesia Católica al instante que estamos viviendo, cada uno en su contexto actual, es importante tener en cuenta que la realidad de la Iglesia es poliédrica.

La Iglesia Católica no es solo Chile y los escándalos de abuso sexual por parte del clero, el subsecuente encubrimiento y los loables intentos por parte de muchos para erradicar estos crímenes.

La Iglesia Católica no es solo Canadá, con una jerarquía que intenta reparar el escándalo de haberse unido al Estado para dirigir escuelas residenciales que buscaron erradicar la identidad indígena de cientos de miles de niños, un abuso en sí mismo empeorado por

los abusos físicos, psicológicos y sexuales cometidos en estas instituciones.

La Iglesia Católica es mucho más que un escandalosamente lento juicio por corrupción en el Vaticano que involucra a un cardenal y varios oficiales por una vergonzosa transacción por la compra de una propiedad en Londres.

La Iglesia Católica no es la reducción política de liberal y conservadora, de izquierda o derecha, en la que la quieren encasillar algunos participantes (y organizadores) del Camino Sinodal de Alemania y miembros de la Conferencia Episcopal de Estados Unidos, que invierten horas intentando modificar (o preservar) las enseñanzas de la Iglesia sobre la sexualidad.

Sin negar la importancia de estos temas candentes, a menudo se exagera su centralidad en la vida de los católicos en el día a día. En realidad, una buena parte de la energía de la Iglesia proviene de los individuos y grupos menos implicados en los debates internos.

\* Inés San Martín, argentina, es coeditora y responsable en Roma del periódico *Cruce*.



*“Jesús consolado por el ángel” por Claudio Di Girolamo, 1970  
(Grafito sobre papel).*

Sobran los motivos para decir que la Iglesia tiene problemas. La división ideológica; el escándalo de sus miembros, la jerarquía, por cometer crímenes y encubrirlos, y el mirar para otro lado de demasiados laicos durante demasiado tiempo; la pérdida de fieles ante el avance del pentecostalismo y el ateísmo, y el tribalismo, son todas cuestiones en las que se puede focalizar para describir la situación actual de la Iglesia.

Sin embargo, aunque sea fácil olvidarlo, universal significa que la Iglesia es también África, donde los religiosos –hombres y mujeres, sacerdotes y monjas, diáconos y misioneros– convierten a la institución en sinónimo no solo de fe, sino de educación para niños y niñas, de acceso a una salud de calidad, y de manera generalizada, pero en ninguna medida reductivista, a un futuro mejor.

*Sobran los motivos para decir que la Iglesia tiene problemas. La división ideológica; el escándalo de sus miembros [...]; la pérdida de fieles ante el avance del pentecostalismo y el ateísmo, y el tribalismo.*



En países como Madagascar o la República Centroafricana, entre los más pobres no solo del continente africano sino del mundo, la Iglesia Católica es, literalmente, la última en apagar la luz en regiones en conflicto a las que el Estado ni siquiera llega.

En países como Sudán del Sur, entre los más jóvenes del mundo, la Iglesia es sinónimo de diálogo y de paz: gracias a los esfuerzos de los obispos cristianos, apoyados por el Papa Francisco y el arzobispo anglicano Justin Welby, el país logró al menos pausar la guerra civil que devastó a la nación desde su independencia.

En países como Irak o Nicaragua, la Iglesia Católica es resiliente, capaz de sobrevivir violentas persecuciones –genocidio en el caso de los cristianos en Medio Oriente–, y política, como es el caso de la Iglesia en este país centroamericano donde la institución es acusada de golpista por el presidente Daniel Ortega por abrir las puertas de las iglesias para proteger a jóvenes estudiantes de los tanques desplegados por el gobierno nacional durante la revuelta social del 2018.

En países como Venezuela, la Iglesia Católica, a través del trabajo de Cáritas, es de las pocas organizaciones capaces de brindar ayuda a un pueblo que, según estadísticas de Naciones Unidas, se está muriendo de hambre.

En regiones como la Amazónica, la Iglesia Católica es sinónimo de protección para los cientos de comunidades indígenas que se ven amenazadas por la tala indiscriminada, el abuso de empresas mineras y la proliferación semilegal de pozos petroleros.

Como escribió el historiador Arnold J. Toynbee en su libro *Civilization on Trial*,

las cosas que hacen buenos titulares están en la superficie de la corriente de la vida, y nos distraen de los movimientos más lentos, impalpables, imponderables, que funcionan bajo la superficie y penetran en las profundidades. Pero son realmente estos movimientos más profundos y lentos los que hacen la historia, y son ellos los que destacan enormemente en retrospectiva, cuando los sensacionales acontecimientos pasajeros se han reducido, en perspectiva, a sus verdaderas proporciones.<sup>1</sup>

Aunque es tentador hacer una radiografía de la Iglesia hoy y reducir su presente a, literalmente, su presente, teniendo en cuenta el sinfín de elementos y situaciones que hacen a la Iglesia Católica, es contradictoriamente necesario

1 Toynbee, Arnold J.: *Civilization on Trial*. Oxford University Press, 1948.

e injusto. El presente de una institución que tiene más de dos mil años y más de mil millones de fieles, representada en todos y cada uno de los continentes, depende, en gran medida, de dónde esté parado quien lo interprete.

Sin embargo, la realidad es que, si el catolicismo ha de generar la imaginación necesaria para afrontar los retos que enfrenta y de mantener su celo evangelizador, esta no es una tarea que puede dejarse exclusivamente en manos de la jerarquía. Debe llevarse a cabo en comunión con la dirección de la Iglesia, por supuesto, pero no puede depender de ella. Pensar que los cardenales y obispos son el presente –o el futuro– de la Iglesia Católica es sucumbir a una especie de «eclesiología del purpurado», reduccionista e inadecuada.

Sí, los obispos son necesarios, pero lo cierto es que también pueden a veces abusar de su autoridad, y sofocar artificialmente las energías creativas. Su natural cautela se traduce a veces en rigidez o cerrazón. Sin embargo, el tiempo y la marea no se detienen para nadie, y las buenas ideas perdurarán sea cual sea su recepción inicial por parte de los poderes fácticos.

En este sentido, es importante recordar que tanto el presente como el futuro de la Iglesia Católica, sea donde sea que uno esté parado, no está en las manos de los obispos, sino en la fe, formación y compromiso de los fieles, que deben preguntarse a sí mismos si están a la altura de los retos del siglo XXI. ◆

*Es importante recordar que tanto el presente como el futuro de la Iglesia Católica, sea donde sea que uno esté parado, no está en las manos de los obispos, sino en la fe, formación y compromiso de los fieles, que deben preguntarse a sí mismos si están a la altura de los retos del siglo XXI.*

# EL MOMENTO CATÓLICO ACTUAL: ¿CRISIS O ESPERANZA?

POR EUGENIO YÁÑEZ \*

Pareciera ser (lo digo en condicional) que los católicos estamos viviendo ese “momento” anunciado por el joven teólogo Joseph Ratzinger en el marco de las cinco lecciones leídas en la “Hessian Rundfunk”<sup>1</sup> en 1969. La última ha sido la más comentada dado su carácter “profético”, pues entre otras cosas el futuro Papa afirmó que “de la crisis actual surgirá una Iglesia que habrá perdido mucho. Será más pequeña y tendrá que

*La Iglesia Católica ya no es una institución hegemónica, casi no ejerce influencia en las decisiones políticas, sociales o económicas de los países, culturalmente es una institución irrelevante, y en algunos países es humillada e incluso perseguida. Dicha crisis pregona el comienzo del fin de la civilización en cuanto cristiana.*

volver a empezar más o menos desde el inicio. Ya no será capaz de habitar los edificios que construyó en tiempos de prosperidad”<sup>2</sup>. No es necesario ser un experto para advertir que 53 años después, la Iglesia Católica ya no es una institución hegemónica, casi no ejerce influencia en las decisiones políticas, sociales o económicas de los países, culturalmente es una institución irrelevante, y en algunos países es humillada e incluso perseguida. Dicha crisis pregona el comienzo del fin de la civilización en cuanto cristiana. La filósofa francesa Chantal Delsol en su libro *La Fin de la Chretienté*<sup>3</sup>, precisamente constata el fin de la cristiandad. Según ella, aunque persistirán algunas religiones cristianas, la civilización cristiana occidental ha muerto. La fe cristiana ya no tiene la influencia que alguna vez tuvo en

1 Estas lecciones fueron reunidas en 1970 por la editorial Kösel-Verlag de München en un libro de cinco capítulos titulado *Glaube und Zukunft*, traducido al año siguiente al español como *Fe y futuro*. Posteriormente en el libro de Vittorio Messori, *Informe sobre la fe* el entonces cardenal Ratzinger vuelve sobre el tema.

2 Ratzinger, Joseph; “¿Bajo qué aspecto se presentará la Iglesia en el año 2000?”, en *Fe y futuro*. Editorial Desclee de Brouwer, 1970.

Después de siglos, en Alemania los cristianos son minoría en el país. Ambas iglesias, la católica y la protestante, no alcanzan el 50% de la población. En Chile, según algunas cifras, solo el 45% se declaraba católico. Otras cifras arrojan una cantidad menor.

3 Delsol, Chantal; *La Fin de la Chretienté*. Éditions du Cerf, 2021.

\* Eugenio Yáñez es doctor en Filosofía y director de la Escuela de Humanidades de la Universidad San Sebastián, Chile.

Occidente, ya no incide en las leyes, no permea la cultura, no aporta una cosmovisión. Ya no es la religión, sino el Estado, quien decide qué es legítimo moralmente en nuestras sociedades.

Pero, atención, los adversarios de la Iglesia no solo están fuera, sino también en su interior. Es evidente que “desde fuera” el catolicismo ha recibido duros mandobles, pero no es menos cierto que los mismos católicos, con honrosas excepciones, por supuesto, han cooperado cavando sus propias tumbas.

¿Estamos en el apogeo de la crisis o ya tocamos fondo? ¿Qué puede ser peor, un cisma? Podría parecer delirante pensar en esta posibilidad, pero quizá no sea exagerado postular que al menos un fantasma recorre el mundo católico, el fantasma del cisma. Suele decirse que Paulo VI temió por dicha posibilidad, después de que “por alguna rendija misteriosa —no, no es misteriosa—; por alguna rendija, el humo de Satanás entró en el templo de Dios”<sup>4</sup>.



“Crucifixión” por Claudio Di Girolamo, 1963  
(Grafito sobre papel).

4 Carta fechada el 29 de junio de 1972.

Tras el *revival* católico con san Juan Pablo II y Benedicto XVI, este fantasma emerge nuevamente.

El destacado filósofo Robert Spaemann señalaba el 2016 a propósito de la publicación de *Amoris laetitia*: “El caos ha sido instituido en principio con un golpe de pluma. El Papa habría debido saber que con un paso así divide a la Iglesia y la lleva hacia un cisma. Este cisma no residiría en la periferia, sino en el corazón mismo de la Iglesia”<sup>5</sup>. Por su parte, el cardenal Müller exprefecto de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, llamó tras su salida a las autoridades a

escuchar a quienes tienen dudas serias y justas reclamaciones: no hay que ignorarlos o, peor aún, humillarlos (...). Si no, sin quererlo, el riesgo de una separación lenta puede aumentar, lo que podría desembocar en un cisma de una parte del mundo católico, desorientado y decepcionado. La historia del cisma protestante de Martín Lutero de hace 500 años debería enseñarnos, sobre todo, los errores a evitar.<sup>6</sup>

*Muchos católicos experimentan una especie de cisma interior que debilita la inteligencia y enfría el corazón, flagelos estos que se manifiestan en una triple ruptura: de la creatura con su Creador, de la creatura con la Creación y de la creatura consigo misma, y por extensión con sus hermanos.*

Huelga mencionar a aquellos grupos ultratradicionalistas que acusan al Papa Francisco reiteradamente de cismático. Otro signo de estos tiempos (pre) cismáticos, sería la experiencia que está viviendo la Iglesia alemana con su llamado Camino Sinodal.

Desconozco si llegaremos a un cisma, pero sí puedo advertir que muchos católicos experimentan una especie de cisma interior que debilita la inteligencia y enfría el corazón, flagelos estos que se manifiestan en una triple ruptura: de la creatura con su Creador (el ateísmo teórico y práctico), de la creatura con la Creación (la crisis del medio ambiente), y de la creatura consigo misma, y por extensión con sus hermanos (las guerras, la violencia, el genocidio del aborto, el terrorismo, y un largo etc.).

¿Cómo superar esta crisis? Es quizá una pregunta humana, demasiado humana. Como nos recuerda el cardenal Ratzinger, “lo que necesita la Iglesia para responder en todo tiempo a las necesidades del hombre es santidad,

5 Esta frase corresponde a una entrevista sobre *Amoris laetitia* que concedió en exclusiva a Anian Christoph Wimmer para la edición alemana de Catholic News Agency (ACI) el 28 de abril de 2016: “Ein Bruch mit der Lehrtradition! – Robert Spaemann über *Amoris Laetitia*”.

6 Palabras del cardenal Gerhard Ludwig Müller recogidas por el diario italiano *Il Corriere della Sera* el domingo 26 de noviembre de 2017.

no *management*”, pues “detrás de la fachada *humana* está el misterio de una realidad *suprahumana* sobre la que no tienen autoridad para intervenir ni el reformador, ni el sociólogo, ni el organizador”<sup>7</sup>.

El momento católico actual nos desafía (doctrinal, moral y “políticamente”) a conocer nuestra fe, a vivir y amar nuestra fe, a pensar los grandes problemas que aquejan a nuestro país y a la sociedad a la luz de nuestra fe. Huelga expresarlo, el católico no debe ser ni autoflagelante, ni autocomplaciente, o sea, no debe ceder ante al pesimismo fatalista, o ante el optimismo ingenuo. Desde un sano realismo, digamos que después de este “colapso” (cisma incluido o no), la Iglesia volverá “a empezar desde los orígenes, reencontrándose a sí misma y renaciendo más simple y más espiritual”<sup>8</sup>.

¿Habrá llegado, entonces, el momento de abrir nuevamente la caja de Pandora y esta vez dejar salir la esperanza tanto tiempo atrapada en esa caja oscura en que se ha convertido el alma humana? Pero no nos confundamos, es precisamente la esperanza la que nos enseña que no existe catolicismo sin la cruz. ◆

7 Messori, Vittorio; *Informe sobre la fe: entrevista a Joseph Ratzinger*. Editorial BAC, 1985.

8 Op. cit. Ratzinger; *Fe y futuro*.